

Prefacio

Hoy en día, tanto la Retórica, la Poética y la Lingüística, como la Publicística, el Periodismo y la Pedagogía, y la Antropología, la Sociología, la Etnología, la Politología y la Economía, y la Filosofía, la Psicología, la Ética y las Ciencias del Derecho, y la Geografía y la Historia, y, finalmente, la Biología, la Cibernética y las Ciencias Cognitivas, sin olvidar las siempre necesarias e indispensables Matemáticas, constituyen el nuevo trivium y cuadrivium de las modernas humanidades, que no son sino toda una constelación de disciplinas cuajada en torno del trascendental proceso de la comunicación social.

Nunca ha estado tan clara la dimensión social, política e interactiva del hombre por ser un animal que vive en ciudades-estados (póleis) y que utiliza como medio de comunicación el lenguaje racional o la palabra-razón (lógos).

Nunca se ha llegado a sostener con tanta vehemencia y rotundidad que si uno es un ser humano, le resultará imposible no comunicar, que el árbol que se desploma en el bosque no hace ruido si no hay nadie junto a él para escucharlo, que la guerra de la que no se informa no existe, que los conocimientos que no se comunican no son conocimientos, que la poesía que no se lee ni se escucha no es poesía, y que, al igual que la sangre bombeada por el corazón humano configura un sistema orgánico, asimismo un inmenso tejido formado por gran número de redes comunicativas da consistencia, a través de la comunicación, al organismo social en el que estamos integrados.

La sociedad en la que vivimos y por tanto también nosotros mismos somos comunicación. Nos guste o no, somos animales políticos, comunicativos e interactivos. Vivimos, nos movemos, actuamos y morimos en el seno de una sociedad orgánica o «sociedad-organismo» cada vez más coherente, compacta e integrada, provista de unas funciones día a día mejor definidas y de unas partes o componentes paulatinamente más interdependientes gracias a la comunicación.

Somos moléculas de inmensas redes que a través de la comunicación realizan funciones de distribución y de regulación, funciones equivalentes a las del sistema vascular y a las del sistema nervioso en el cuerpo humano respectivamente. Poniendo ambas en acción, manipulamos signos y fijamos reglas pragmáticas para mediante esos signos establecer el significado de las palabras, función que sólo se cumple definitivamente en el momento de su procesamiento y captación por el receptor.

Efectivamente, en esos procesos comunicativos de significación no se da una mera relación simple entre el signo y lo que el signo significa, su objeto, sino una relación triádica, de la que efectiva y realmente resulta la significación, pues en ella el receptor desempeña un papel primordial como mediador e intérprete de la comunicación. Gracias a Peirce y a Grice hoy sabemos que no hay significado hasta el momento en el que el receptor de un mensaje,

además de descifrarlo compulsándolo con el contexto, percibe la intención con que se lo envió el emisor.

Y aquí es donde aparece con toda su fuerza y esplendor la Retórica, que desde Aristóteles concedió al oyente, al oyente-juez, el sitial honorífico de todo el proceso persuasivo a través de la comunicación. El oyente, efectivamente, es el intermediario indispensable y necesario para lograr la persuasión. Sin él no hay ni comunicación ni persuasión. Necesitamos comunicarnos con él y persuadirle, hacer que piense de una manera que resulte favorable a nuestros intereses bien momentáneamente, bien a largo plazo. Sin el aliciente de las ventajas de la persuasión sobre el prójimo tal vez no nos comunicaríamos, de manera que si lo hacemos es porque necesitamos perentoriamente comunicarnos con él y persuadirle para sobrevivir.

*Pero además, para terminar de hacernos una imagen cabal de la comunicación social, hay que añadir que su esquema no es ya el lineal propuesto por Shannon, una larga línea recta que une al codificador o emisor con la fuente, el mensaje, el canal, el descodificador y el destinatario, sino un proceso más complejo provisto de esa «retroalimentación» o feedback que configuran los medios de comunicación de masas en su conjunto, los mass-media, cada uno de los cuales es en sí mismo un sistema social independiente, si bien relacionado de manera sistemática con todos los demás. Hoy en día aceptamos para la comunicación el esquema circular, retroactivo e interactivo propuesto por Norbert Wiener hace ya muchos años, pensado para los ingenieros de telecomunicación, en su libro *Cybernetics or Control and Communication in the Animal and Machine*.*

Con esta perspectiva a la vista, la comunicación es la acción que hace participar a un organismo o sistema, situado en un punto dado, de las experiencias y estímulos del entorno de otro individuo o sistema situado en otro lugar y tal vez otro tiempo distintos, utilizando elementos de conocimiento que ambos tienen en común.

En este punto nos topamos con la ideología, pues los medios de comunicación de masas, que son unos medios nuevos de producción y transmisión de cultura, hace tiempo que empezaron a ser vistos como lo que en realidad son, es decir, como mecanismos decisivos de la regulación de la sociedad, y a ser mirados un tanto aprensiva y recelosamente como medios de poder a través de la comunicación.

*Herbert Marcuse, en su libro *One-Dimensional Man*, «El hombre unidimensional», partiendo del análisis del lenguaje unidimensional detectable en el discurso mediático, el discurso de los medios, nos hizo ver cómo bajo la apariencia de racionalidad de un mundo cada vez más modelado por la tecnología y la ciencia se manifiesta la irracionalidad de un modelo de organización social que en lugar de liberar al individuo lo esclaviza, y que, además, reduce el discurso, y por tanto el pensamiento, a una dimensión única que hace equivalentes la cosa y su función, la realidad y la apariencia, la esencia y la existencia, anulando así toda posibilidad de pensamiento crítico.*

*Aceptando, en cambio, como inevitable la aceptación del sistema, pero basándose igualmente en el auge imparable de la comunicación y la información como primera industria del futuro, Daniel Bell publica en 1962 un libro titulado bien explícitamente *The End of Ideology*, «El final de la ideología», en el que lanza el concepto de «sociedad postindustrial», una sociedad nueva construida sobre los pilares de la tecnología y la comunicación.*

*Para el afianzamiento y refuerzo de la teoría crítica de la comunicación fue fundamental el artículo de Althusser publicado en *La Pensée* el año 1970 que llevaba por título «*Idéologie et appareils idéologiques d'État*».*

En él su autor identificaba, por un lado, los aparatos represivos del Estado (ejército, policía, etc.), que ejercen una coerción directa, no disimulada y bien a la vista, y los aparatos ideológicos del Estado (la escuela, la Iglesia, los medios de comunicación de masas, la familia, etc.), que amparándose en una legitimidad presuntamente natural, puesta de relieve en sus respectivos discursos, en realidad se encargan de asegurar, garantizar y perpetuar el monopolio de la violencia simbólica (la que se ejerce en el terreno de la representación a través fundamentalmente de la palabra) disimulando lo más posible su arbitrariedad, sinsentido y falta de justificación o razón de ser.

A través de estos aparatos ideológicos –explica Althusser– se ejerce el dominio ideológico, es decir, aquel que impone la clase social dominante, la que se encuentra instalada en el poder, la sociedad política, sobre las otras clases, la sociedad civil.

En conclusión: el dominio político no sólo se logra represivamente con las mangueras y las porras de las fuerzas antidisturbios, sino también más sutilmente a través de una comunicación enderezada al dominio ideológico.

Más tarde, las tesis de Foucault nos permitirán identificar los dispositivos de la comunicación-poder en su propia forma organizativa.

Y justamente aquí aparece la política, que es sencillamente el juego de poder que cambia la realidad física, psicológica o social.

La política, que se realiza, como todo proceso comunicativo, mediante funciones de distribución y de regulación a través de un sistema orgánico, se nos ofrece como un sistema de entradas y salidas, de acciones y retroacciones, de input y output a base de interacciones e influencias mutuas entre el centro neurálgico de la regulación de la vida política o «sistema de conducta», y el entorno social en el que se inscribe. Y todas estas interacciones comunicativas son en muy gran medida lingüísticas y por tanto persuasivas y por tanto retóricas.

Las variaciones que se registran en las estructuras y los procesos que se ponen en marcha en el interior del sistema social pueden ser interpretados como esfuerzos realizados por los miembros del sistema para regular o afrontar –siempre a base de comunicación interactiva y persuasiva– una tensión que puede provenir o bien del entorno social, o bien del interior del propio sistema político o centro neurálgico de la regulación de la vida política. Pero la capacidad que muestre este último para relajar la tensión depende de la naturaleza de la comunicación, una información que retorna siempre en forma de retroalimentación o feedback a los agentes y responsables de las decisiones.

*Y aquí, en medio de los centros neurálgicos y los nervios transmisores de los gobiernos y las sociedades por los cuales transitan la comunicación y el control políticos, es donde la Retórica y la Política, pueden juntarse en legítimo y fructífero concubito. Recordemos que un interesante libro del politólogo K. W. Deutsch se titula *The Nerves of Government. Models of Political Communication and Control* (Free Press, N. York 1963).*

Los seres humanos, como miembros de un sistema social orgánico, somos animales comunicativos, es decir, sometidos a la necesidad de la interacción política a través del lenguaje, o sea, somos animales que realizamos actos de habla retórico-políticos, que son aquellos con los que intentamos ejercer una influencia sobre nuestros prójimos, vecinos y conciudadanos.

Nos pasamos la vida realizando esos específicos actos de habla que dan lugar a la micropolítica y a la macropolítica.

Una niña pequeña desarma a su padre que se dispone a castigarla mirándole tiernamente, haciendo esos gestos que preceden al lloro y llamamos comunmente «pucheros» y llamándole «papaíto».

Unos ciudadanos ya más bien en apariencia mayorcitos intentan modificar las conductas sociales de sus conciudadanos hablándoles, con las mejores galas de la Retórica, del recambio del cambio o diciéndoles que España va bien o augurando que a este país nuestro no lo va conocer ni la madre que lo parió.

Y en todos estos casos y siempre que hablamos (pues se habla siempre con otro sobre el que ejercemos nuestra influencia) se hace política y se hace política con lenguaje persuasivo, con lenguaje retórico, por lo que hay que admitir que Aristóteles en su tratado titulado Arte Política acertó plenamente al definir al hombre como animal político y al tratar de justificar, a través de su mentalidad teleológica, la esencia política del hombre, argumentando que precisamente por ser el hombre así, la Naturaleza, que no hace nada en vano, le otorgó la capacidad de comunicarse con sus semejantes mediante el lenguaje racional o lógos, ese lenguaje que sirve para persuadir porque es por naturaleza retórico.

Salamanca, 22 de junio de 2000

Antonio López Eire